

BENEDICTO SÁNCHEZ PEÑA

Diálogos de amistad en África

Mientras la guerra avanzaba por el norte del país, el padre Benedicto dialogaba con los soldados en la prisión militar, en la misión y por los caminos

**Primeras memorias
(1999 – 2002)**



LETRAS DE AUTOR

© Benedicto Sánchez Peña
© Letras de Autor
Teléfono: 91 151 16 14
info@letrasdeautor.com
www.letrasdeautor.com

Diseño de cubiertas: Sara García

Primera edición: Abril 2016

ISBN: 978-84-16760-04-6
Depósito Legal: M-9332-2016
P.V.P.: 23 €

La reproducción total o parcial de este libro no autorizada vulnera derechos reservados. Cualquier utilización debe ser preferentemente concertada.

Impreso en España - UNIÓN EUROPEA



Congregación del Espíritu Santo

Prólogo

La otra orilla de la misión

Estamos ante otro libro del padre Benedicto Sánchez Peña, misionero espiritano: *Diálogos de amistad en África*. Es el tercero de su trayectoria. El libro tiene como tema principal: evangelizar a través de los diálogos. La obra trata de los intensos diálogos de amistad con los niños *Ana a Itungu*, con los militares, con los presos y funcionarios de las prisiones. Lo que le movió y motivó fueron las vivencias de cada una de estas personas, el desamparo que estaban soportando, sus muchos sufrimientos... y el compartir con ellos la Sagrada Escritura, porque al fin y al cabo todos ellos eran cristianos abandonados.

El padre Benedicto fue por primera vez a Angola en el año 1986 a la misión de Ndalatando, donde vivió seis fecundos años en su vida misionera. Como es sabido la guerra de Angola ha sido, hasta ahora, la más larga de África: en primer lugar fue una guerra por la independencia desde 1961 hasta 1975 y luego empezó la guerra civil que duró hasta el año 2002. Con lo cual, cuando el padre Benedicto fue por primera vez a Angola, el país estaba en guerra. Pese a ello era posible organizar, dinamizar y profundizar en el trabajo del apostolado. Hubo que adoptar una

dinámica pastoral para poder atender la catequesis con los niños y promover encuentros de grupos juveniles de forma regular. Había celebraciones en las pequeñas comunidades cristianas animadas por los catequistas, los cuales, organizaban las visitas del misionero para celebrar los sacramentos: eucaistías, bautizos, confesiones y primeras comuniones.

El ambiente y las consecuencias de la guerra eran evidentes: degradación de las estructuras (industrias, empresas...), de la sanidad, de la educación y el elevado número de personas mutiladas (piernas, brazos...), huérfanos, niños de la calle, minas por todas partes, etc. No obstante, era posible trabajar; ejemplo de ello es el gran recuerdo que nos ha dejado el padre Benedicto de este tiempo: “Memorias de Ana a Itungu”, una obra que nos habla de la labor de ayuda, asistencia y acompañamiento a los huérfanos y niños de la calle.

En el año 2000, el padre Benedicto regresó por segunda vez a Angola y fue destinado a la provincia de Malanje (norte de Angola). En esta época todo el país estaba en guerra. Ello obligó a los misioneros a adoptar otras formas de hacer la misión; pues mucha gente había abandonado sus aldeas y se había venido a las ciudades. Era una situación en la que había escasez de alimentos provocando una fuerte hambruna, abandono de niños... todos los días había gente en las puertas de las misiones pidiendo algo para comer. Una de las grandes labores de la Iglesia fue abrir escuelas-cocinas, es decir, lugares donde se acogían a los niños con necesidades de estudiar y de alimentarse. Fue un tiempo difícil para todos, donde no había forma de comunicarse entre las personas. Eso afectó bastante a las familias, a veces el marido no sabía dónde estaba su esposa y vice-versa, no se sabía si estaba muerto o vivo, lo mismo acontecía entre los hijos y sus padres.

En la provincia de Malanje, por ejemplo, esta situación se convirtió en prioridad pastoral misionera; hubo que luchar por salvar vidas, en donde el misionero corría el riesgo de perder la suya. Había que salvar a las personas de la masacre, del hambre. Fue en esta época en la que el padre Benedicto Sánchez llegó a Malanje. Las personas actuaban fríamente, había distancia en

las relaciones y comunicación. El ambiente era de miedo, de intranquilidad, de inseguridad, de lucha por la supervivencia y de impotencia en todo. La sociedad estaba militarizada; el respeto, los valores y la consideración por las personas se habían perdido. Cada uno buscaba salvarse a sí mismo y a su familia. Para el misionero, la escucha, la presencia y el testimonio eran los valores a tener muy en cuenta de cara a la gente. Veían al misionero como una persona de fe y muy diferente a los demás: estaba al servicio de todos. En aquella sociedad de sufrimiento el misionero tenía que ser un hombre de esperanza para los demás.

Fue a través de la virtud de la esperanza que el padre Benedicto superó la dificultad de luchar para no abandonar la misión que se le había confiado: “Si lo que tengo que afrontar aquí en Malanje es la soledad, la inutilidad, la esterilidad de mi vida misionera, la pobreza de no ver ningún fruto de mi trabajo, entonces es mejor pensar las cosas de forma diferente”. Sin embargo, el padre Benedicto decidió esperar la hora de Dios. En su trabajo pastoral con los jóvenes soldados les acompañó por los caminos de la reconciliación, por esta dedicación, los militares le consideran como un hombre del perdón y de la paz.

Hoy las cosas han cambiado. Debemos construir el presente y pensar en el futuro. Angola salió de la violencia, de la cultura de la intolerancia, de muertes y de rencores. Angola está en el camino de la paz, de la justicia, del desarrollo, pero todavía son visibles las desigualdades sociales, culturales, políticas e incluso religiosas. Hay mucha tensión social. La democracia multipartidaria establecida en el país reclama profundos cambios de mentalidad. Está también el desafío de consolidar las relaciones fraternas de un país justo, pacífico y libre, donde cada uno se sienta en su casa; no obstante las diferencias de los partidos, confesiones religiosas, raciales y étnicas, siguen estando allí. Creemos que ya han pasado los malos tiempos: de las venganzas políticas, de las condenas injustas, de la tortura, y de las muertes abusivas; el tiempo en que la guerra parecía legitimar todo, la subida exagerada de los precios, el mal uso de armas, el robo, la inseguridad y la falta de vivienda. Creemos en una nación con el espíritu de tolerancia, mutua-aceptación como fundamentos de una patria reconciliada.

A todos os deseos una buena lectura de esta obra y que nos sirva de reflexión en nuestra labor de construir y luchar por un mundo mejor desde nuestra perspectiva de entrega misionera al servicio de los demás.

Padre Barnabé Sakulenga, CSSp.
(Exprovincial de los misioneros espiritanos en Angola)



Misioneros Espiritanos

Prefacio

Por los caminos de Angola

“Tú irás a los más pobres, a aquellos en los que nadie piensa, es allí donde se te enviará” (Liebermann).

Creo que esta frase del padre Francisco Pablo Liebermann, uno de nuestros fundadores, refleja todo el contenido de este libro y el corazón de su autor padre Benedicto Sánchez. Recuerdo sus primeros pasos en el seguimiento de Jesús, cuando entró en la Congregación. Joven sencillo, silencioso, detallista y acogedor, inquieto y atento a las necesidades de los otros. Hombre de gran corazón, generoso y disponible para servir en la sencillez que le caracterizaba a los más pobres.

La Provincia espiritana de España fue creada en el año 1969. Con grandes limitaciones en personal originario y medios económicos. La Provincia iniciaba su andadura con un fuerte desafío y celo misionero: asumir su autonomía y definir su identidad en medios de la efervescencia y tensiones post conciliares.

Desde los comienzos, con el grupo de jóvenes que llamaron a nuestra puerta, entre ellos el padre Benedicto, mantuvo viva la llama de la misión en las fronteras de la Iglesia y entre grupos y pueblos empobrecidos. Todos deseaban terminar su formación para salir con alegría y celo apostólico a proclamar la Buena

Noticia de Jesús allí donde aún no había llegado. Era el celo apostólico que el padre Libermann infundió en sus misioneros: “Evangelizar a los pobres, es nuestro fin general. Sin embargo, colocarnos en las fronteras de la Iglesia, es nuestro objetivo principal, hacia el cual nos dirigimos y, ahí, hemos escogido las personas pobres y abandonadas” (padre Libermann).

Con este celo apostólico el padre Benedicto marchó para Angola sin límites de vuelta, así somos los espiritanos. No se lo impidió la situación arriesgada de la guerrilla que sufría Angola y los peligros. Están en él las palabras del padre Libermann a sus misioneros: “Sufrid todo lo que la divina Providencia os depare en ese trabajo con una gran fortaleza, solo con el deseo de que la Buena Noticia de nuestro Señor llegue a los sufrientes. Que experimenten por vuestra presencia el amor de Dios y acepten su salvación”.

Este tercer libro, que ahora publica, lleva el sello de estos años difíciles de guerrilla, donde compañeros nuestros dieron la vida, juntos con tantos hombres y mujeres, jóvenes y niños. Fueron años en que toda la población de Angola sufrió las mayores atrocidades, hogares deshechos; jóvenes arrebatados para la guerra dejando sus vidas en la lucha; niños que quedaron huérfanos y una multitud de hombres y mujeres mutilados. Ahí, junto a ellos, en el día a día, acompañando la vía dolorosa de todo este pueblo, el padre Benedicto, pasó la mayor parte de su vida misionera. Ya hace unos años que está en España, pero su corazón sigue allí. Su libro, que ha ido entretejiendo rato a rato, al mismo tiempo que está siendo en la Iglesia local, testigo de la misión, es la prueba.

La Provincia de España, aunque continua con pocos miembros, sigue alimentando ese celo apostólico. Mantiene su presencia en estas situaciones de fronteras y aquí, en el corazón de la Iglesia local de España, activa el fuego de la misión. El Carisma de sus Fundadores sigue vivo y es una fuente donde otros jóvenes pueden beber como camino de espiritualidad y cauce de compromiso misionero como religiosos misioneros, laicos asociados y otros compromisos, formando así la gran familia espiritana.

Agradecemos el testimonio vivo, que el padre Benedicto, nos deja en su libro. Admiramos su entrega y su fidelidad al Carisma espiritano. Ojalá que todos aquellos que lo lean les ayude a encender en ellos la llama de la misión y, cada uno, desde la vocación cristiana, anunciemos la alegría del Evangelio. La misión es de todos, unamos fuerzas en la pluralidad de compromisos. “La mies es mucha y los obreros pocos”. (Lc 10, 2)

Gracias, padre Benedicto. En ti nos sentimos reflejados todos los espiritanos. La Congregación se gloria por tantos hermanos, que como tú, trabajan en tantos países en las fronteras de la Iglesia.

Padre Victor Cabezas Yáñez, CSSp.
(Provincial de España)



Presentación

En primer lugar narro la correspondencia que mantuve con Virgilio y con Tony a través de las intensas llamadas telefónicas que me hacían desde Angola y las cartas que nos enviábamos, por las cuales mantuvimos lazos de amistad muy fuertes durante los años 1988 – 1999.

En el año 2.000 empecé las despedidas en las comunidades espiritanas y en mi pueblo; la preparación del viaje y mis primeras impresiones de cuando llegué a Luanda: el ambiente que veía por las agitadas calles de la ciudad me llamaba mucho la atención.

Al llegar a la misión de Malanje y encontrarme con una ciudad sitiada quedé tan impresionado que no era capaz de entender aquel modo de vivir. Al ver llegar a los refugiados a la puerta de la misión en busca de alimentos y de protección, me causaba un fuerte sufrimiento. Lo mismo me acontecía ver pasar delante de la misión a grupos de personas que venían huyendo de sus aldeas buscando un lugar en donde pudiesen estar seguros y sosegados. Al encontrarme con tanto dolor me sentía impotente, experimentando una debilidad espiritual.

A medida que iba entrando en aquella sociedad militarizada, de una manera misteriosa empecé a visitar la prisión militar. Caminando con los presos y con los carceleros creamos una fuerte amistad e incluso, los comandantes de la prisión formaban parte de nuestros diálogos.

Otro momento fuerte fue la experiencia que viví años atrás en el campamento militar de Magwa ya que, en aquel tiempo de persecución a los jóvenes, dos militares que se habían escondido en el campamento ya abandonado, me pidieron con mucha insistencia que les contase cómo era la vida de aquel campamento militar cuando vivían los zairenses.

Además de las actividades pastorales que estaba ejerciendo en las aldeas acompañando a las comunidades cristianas, los presos militares ocupaban una parte muy significativa en mi espiritualidad misionera; de este modo, los encuentros y los diálogos personales que mantenía con los presos cada vez eran más

profundos, ya que todos manifestaban el deseo de contarme las tragedias que habían soportado en el frente de combate, tanto los presos como los carceleros.

En plena guerra tuve que ir a vivir a la misión de Kalandula para acompañar a las comunidades cristianas que se habían refugiado junto a la misión para protegerse de los ataques militares. El tiempo que viví en Kalandula estuve acompañando y animando a los cristianos en las celebraciones litúrgicas; acoger a los niños de *Ana a itungu* (huérfanos de guerra) y, de una manera providencial, dialogar con los jóvenes militares que venían a la misión para descansar y para contarme los peligros que estaban padeciendo en el campo de batalla.

El centro de estos escritos es la prisión militar, esa frontera humana y divina, en donde empecé a caminar junto con los presos y con los carceleros como una peregrinación espiritual por donde fuimos superando los fuertes desafíos de aquella sociedad llena de amenazas, de miedos y de intrigas, a causa de la guerra que iba azotando el país como un caballo apocalíptico despedazando todo lo que iba encontrando en su camino.

Diálogos de amistad en África, es un camino que fui recorriendo en compañía de los presos y de los carceleros, a través de los intensos diálogos que íbamos manteniendo para fortalecer nuestras vidas dañadas por los padecimientos de la guerra que estábamos soportando. Por medio de la Sagrada Escritura recibíamos los consuelos divinos que nos llegaban de Dios como una promesa de amos y de paz interior.

El autor.

LIBRO PRIMERO

Sobre la buena amistad que mantuve con Virgilio y con Tony a través de las cartas y de las llamadas telefónicas que me hacían desde Angola; de este modo, mi ardor misionero empezó a crecer dentro de mí.

Desde noviembre de 1998 hasta finales de noviembre de 1999.



Siete años buscándome

Después de salir de Angola en 1986, los dos primeros años fueron pasando entre el dolor, la sequedad y el terrible sentimiento de pensar que Angola había acabado en mi vida. Aquellos dos años los iba viviendo como una derrota al sentir que Angola se iba quedando en un recuerdo lejano; por más que intentaba evitar este doloroso pensamiento no conseguía sacarlo de mi mente.

Desde un principio, como un medio para consolarme espiritualmente, empecé a escribir mis memorias con los niños de *Ana a Itungu*; aquellas lejanas vivencias en las misiones de Ndalatando y Lucala, donde viví seis fecundos años de mi vida misionera y, en buena medida, los escritos, fueron un conforto y una fortaleza que me servían para refugiarme del lamentable pensamiento que surgía en mi interior como una fatalidad, convencido de que ya no tenía posibilidad de poder volver a Angola.

A través de los escritos de *Ana a Itungu* iba trayendo el recuerdo y las experiencias vividas en las aldeas de Lucala: las fiestas y los encuentros con los niños, las oraciones en las capillas con los cristianos, la formación de los catequistas, los intensos diálogos con los jóvenes soldados a mi paso por los controles; al traerlo en mi vida interior, entraba en un mundo sin fin.

Estas memorias las iba meditando y escribiendo con espíritu de consolación para fortalecer el mal que estaba padeciendo por la ausencia de Angola, al experimentar que se iba quedando en el pasado sin la posibilidad de poder volver a ella.

Dos años después, apareció un rayo de luz y de esperanza cuando Virgilio y Tony consiguieron descubrir mi paradero en España después de llevar siete años buscándome por Angola. A través de las llamadas telefónicas que me hacían y las cartas que me enviaban, fueron abriendo un nuevo camino, por el cual me iban aproximando a las misiones de Lucala y Ndalatando de una manera providencial.

Por medio de la intensa correspondencia que recibía de ellos, iban suscitando dentro de mí un nuevo pensamiento haciéndome ver que Angola seguía esperándome y, de manera natural, fueron

indicándome cómo debía romper los obstáculos y los pesimismos para salir de la resignación en la cual estaba atrapado. Virgilio y Tony vinieron a mi encuentro para decirme que no podía olvidarme de Angola; por medio de sus llamadas, consiguieron despertar, dentro de mí, un nuevo ardor misionero, convenciéndome de que Angola esperaba mi segunda llegada.

Viendo la importancia que tuvieron tanto sus llamadas como su correspondencia en mi vida misionera, paso a narrar aquella forma sencilla y natural, con la cual, consiguieron llenar mi mente de las vivencias en la misión, animándome a superar los obstáculos para que pudiese volver a mi querida Angola.

La primera llamada

11 de noviembre de 1998

Eran las dos y media de la tarde; estábamos al final de la comida cuando sonó el teléfono. El compañero que atendió la llamada me dijo:

—Bene, es para ti, te llaman desde Angola.

Di un salto de la silla y salí disparado a la salita del teléfono; fui con tanta rapidez, que apenas tuve tiempo para pensar en nada, ni para preguntarme: ¿Quién me llamará desde Angola? Como si una fuerza superior, desde lejos, me moviera con un poder irresistible que no conseguía dominar ni comprender, lanzándome precipitadamente hasta la sala donde estaba el teléfono.

Aquellos breves y rápidos segundos me crearon una especie de fuego agitador que me transportó hasta el país africano de mis amores en un misterioso y rápido viaje, sin sospechar aún quién estaría al otro lado del teléfono. Con esta intrigante e impaciente disposición tomé el auricular:

—Sí, dígame, ¿con quién estoy hablando?

—¿Es el padre Benedicto? —preguntó.

—Sí, soy yo —respondí— ¿Quién es?

—¡Padre Benedicto! —exclamó en tono alegre— Soy Virgilio, el joven militar de Ndalatando. ¿Se acuerda de mí?

— ¡Ay, Virgilio! Ayúdame a recordarte; siento tanta alegría ante tu llamada que mi débil memoria parece debilitarse.

Aquellas cálidas palabras llegadas a mis oídos desde Angola, me emocionaron hasta el máximo; me parecía que estaba en Ndalatando, imaginando que todos los cristianos de la misión estaban al otro lado del teléfono escuchando mi voz.

—Padre Benedicto, soy el joven Virgilio, el que estaba en el control militar de Lucala II, ¿me recuerda? Con detallada explicación me iba dando los datos para que yo consiguiera recordarle. Sus amables palabras iban entrando en mi interior como una luz en una oscura caverna, las cuales, me ayudaban a recuperar aquel lejano recuerdo de la misión.

—Sí, Virgilio, creo que sé quién eres... ahora te recuerdo...

Iluminándose mi aletargado pensamiento, empecé a reaccionar balbuceando las palabras, a la vez que me esforzaba por recuperar su olvidado rostro.

—Dime, Virgilio, ¿cómo has conseguido encontrar mi número de teléfono? ¿Dónde te encuentras?

Lleno de confusión y consciente de la admirable realidad que me envolvía, lentamente fui aclarándome de la inesperada llamada.

—Señor padre —pronunció en tono alegre y nervioso—, le llamo desde Luanda y está junto a mi tu amigo Tony, ¿se acuerda de él? Tiene grandes deseos de saludarle.

Esta inesperada noticia me desconcertó de tal manera que no encontraba forma ni fuerzas suficientes para poder reaccionar. Esta comunicación superó mis capacidades; fue un derrumbamiento total.

—¿Qué me dices, Virgilio! —irrupí con fuerte aclamación y lleno de admiración— ¿Que está ahí mi amigo Tony, el que estuvo en el control de Lucala?

—Sí, señor padre, el mismo; aquí está a mi lado, contento, nervioso y con unas ganas locas de saludarle.

Y sin más dilación, después de despedirnos, pasó el auricular a Tony para entablar nuestro diálogo telefónico. Su deseo de hablar era tan grande, que sin darme tiempo a saludarle, me lanzó sus primeras palabras con un saludo entrañable.

—¡Padre Benedicto! ¿Cómo está su salud? Soy Tony, el que estaba en el control de Lucala. Señor padre, ¿se acuerda de mí?

No conseguía dar crédito a lo que estaba escuchando. Aquel joven soldado que conocí en los peligrosos y conflictivos controles de Kwanza-Norte, que en estos momentos estuviese hablando con él, era increíblemente asombroso; estaba fuera de mis capacidades y estructuras mentales.

Este legendario militar, que ya pertenecía al lejano pasado, de una forma misteriosa dio un estrepitoso salto, venciendo la distancia y el tiempo como una conquista, para hacerse presente ante mí. La admirable novedad de la vida parecía envolverme en su increíble ropaje, sintiendo una percepción que jamás había experimentado. Todo mi ser, mi pensar, mi vida... parecían transportarme al corazón de África.

¡Oh, Señor, qué gran misterio es este! ¿Cómo afrontarlo? ¿Tendré suficiente capacidad para comprenderlo? Solo en ti espero, Señor. Dame tu Sabiduría para que sea capaz de descubrir aquello que deseas comunicarme con esta inesperada llamada telefónica.

Cuando le oí decir que era Tony, el militar que vigilaba el control de Lucala, vinieron a mi mente grandes recuerdos del pasado, unos muy felices y otros de sufrimiento; me hizo reavivar las vivencias de un pasado lejano. Al escuchar la voz de Tony, me hizo recuperar lo que ya había olvidado. ¿Cómo traer al presente aquellos tiempos del pasado? ¿Cómo recuperar aquel tiempo de Kwanza-Norte?

La voz de Tony, me hizo recordar al Apóstol San Pablo: “En esta vida todo pasa, la caridad permanece para siempre”. Al escucharle, después de haber pasado tantos años, me hizo comprender que la verdadera amistad es más fuerte que la guerra. Solamente ahora, comprendía que la auténtica amistad no muere; es capaz de superar y sobrevivir en la distancia y en medio de la guerra. En definitiva, escuchar la voz de Tony fue como oír a cada joven soldado con los cuales había entablado largos y profundos diálogos por los caminos y en la misión. Es como si viniesen todos en grupo para reanudar lo que años atrás habíamos vivido en los caminos y aldeas de Lucala: su agradable amistad, los

sinceros diálogos, las disputas en los controles entre militares y civiles, sus intrigas y, sobre todo, sus muchos sufrimientos. Todo llegaba a mí como un recuerdo. La voz de Tony me hizo recuperar aquellos años a mi paso por los severos controles, disputando y reclamando el derecho a poder cruzarlos.

Escuchar a Tony, me traía el recuerdo de aquella multitud de niños de *Ana a Itungu*, dispersos por las aldeas, acercándose cada día a la puerta de la misión en busca de consuelo y de protección. Con la llamada de Tony, me aproximé a las indefensas mujeres que, cada día, tenían que soportar la inseguridad y los horrores de aquella maldita guerra que, sin compasión alguna, robaban de sus brazos a sus queridos hijos. La voz de Tony me trajo la viva presencia de cada niño, de cada madre, de cada catequista, de cada enfermo, de cada joven, de cada militar... con los que había compartido la alegría de la vida día tras día y, ahora, desde la lejanía, me seguían repitiendo: padre Benedicto, no te olvides de nosotros. La llamada de Tony, según mi sensibilidad misionera, me ayudó a revivir mi espíritu misionero.

¡Oh, Señor Jesús! Solamente Tú, si así lo deseas, puedes llevarme a ese estado donde pueda comprender la llamada de la misión.

¡Oh, Señor y Dios mío! Ven, dame a entender lo que hay detrás de esta inesperada llamada si este es tu deseo. Si no es así, lo seguiré llevando como un misterio en mi vida hasta el día que me sea revelado.

La llamada de Tony, me inspiró pensamientos tan sublimes que, de forma inexplicable, me llevaba a esperar una respuesta del cielo, en vez de hacerlo desde la realidad de la tierra; incluso, como si se tratara de una llamada de más allá de Angola, queriéndome llevar a comprender las promesas de Dios que, durante estos años, se mantuvieron ocultas. La voz de Tony fue como un prelude de ánimo dentro de mí, avisándome de que algo nuevo surgía de mi larga espera. Su imprevista llamada provocó un despertar en mi vida misionera, suministrándome energía, dinamismo, esperanza y un “soplo de vida”. A pesar de todo concluí con este interrogante: ¿Señor, todavía esperas algo de mí? Si es así, ¡gracias!

El saludo de Tony, lo recibí como si se tratara de una visita inesperada a las puertas del Adviento. Fue como si Dios hubiese escogido una persona de las más alejadas y olvidadas de Angola para comunicarme: “Benedicto, aquí seguimos, no te olvides de nosotros”.

Este aviso me llevaba a reconocer, una vez más, que Dios seguía empeñado en hacerse humano, valiéndose de su delicada cercanía, haciéndome entender el gran amor que sentía por cada uno de sus queridos hijos, con el único deseo de caminar cerca de nosotros.

¡Oh Señor y Dios mío! Yo, queriendo buscarte en los escritos místicos de nuestros maestros espirituales; y tú, empeñado en acercarte a mí, tan humano y tan “mundano” que hasta me resulta difícil ver tu presencia. Yo, queriendo contemplarte en el lejano cielo, y tú, deseando bajar a los polvorientos caminos de la misión, cruzando controles y empalizadas para acompañar a nuestros desamparados jóvenes militares, expuestos a todo tipo de peligros.

Eran estas y tantas otras meditaciones las que me trasladaban hasta la lejana misión de Ndalatando, todo ello provocado por la inesperada llamada de mi amigo Tony, la cual, me llevó a sensibilizarme con el pueblo kimbundo.

Y fue en esta disposición humana y divina como transcurrió la llamada telefónica que mantuve con Tony, que paso a describir:

—Tony, te recuerdo muy bien —le respondí sin titubeos— ¡Qué gran satisfacción poder escucharte después de tantos años que no nos vemos! ¿Cómo está tu salud? ¿Tu familia...? ¿Cómo estás viviendo? Tony, ¿dónde estás ahora?...

No conseguía dar fin a la cantidad de preguntas que me sugería la inmensa alegría que inundaba todo mi ser.

—¡Oh, padre Benedicto! —exclamó jubiloso—. Yo también lloro de alegría de poder estar hablando con el padre. Ahora estoy destacado aquí en Luanda, junto a mi amigo el capitán Virgilio.

—Dime, Tony, cómo has conseguido mi número de teléfono —le pregunté impacientemente.

Todas mis preguntas buscaban una explicación que me hiciese salir de mi enorme asombro; por ambas partes la inesperada

alegría era tan grande que, sin poderlo evitar, nos arrebatábamos la palabra el uno al otro. Por una parte, deseábamos escucharnos, por otra, nos preguntábamos deseosos de saber cosas uno de otro.

Después de los eufóricos saludos y de situarnos donde nos encontrábamos cada uno. Tony, volvió a tomar la palabra con una firmeza extraordinaria y con el tremendo deseo de comunicarme las muchas dificultades que tuvo que pasar hasta conseguir encontrar mi difícil paradero que, en esta sencilla conversación me lo estaba explicando:

—¡Oh, padre Benedicto! Me parece imposible poder estar hablando con usted. Estuve siete años buscándole por toda Angola en compañía de otros colegas sin desanimarme ni en lo más mínimo. La gran fuerza que me animaba era el enorme deseo de poder encontrarle. Durante estos siete años, no he dejado de buscarle ni un solo día en el territorio angolano.

»Me alisté en la caravana de los comandos especiales, con el único deseo de poder buscarle por todos los rincones del país. En la situación de guerra que estamos atravesando, el único medio de locomoción que disponía para viajar por Angola era la caravana militar, pues con ella conseguí cruzar varias provincias.

»Cada vez que parábamos en una localidad, rápidamente iba a buscar la misión católica para preguntar por el padre Benedicto para saber si había pasado por allí, si le conocían o, por lo menos, me dijiesen donde le podría encontrar.

»¡Oh, padre Benedicto! En esta constante búsqueda en las misiones, recibí toda clase de respuestas que, a veces, me desanimaban en el deseo de poder encontrarle. Cuando me acercaba a preguntar en la misión, algunos padres me decían: “No, ese padre nunca pasó por aquí, sé que trabajó en la misión de Ndalatando en Kwanza-Norte, pero ahora no se en dónde puede estar. Lo siento”. Así contrariado seguía adelante.

»En otras misiones —seguían contándome con esmerado detalle y llenos de entusiasmo—, cuando entraba a preguntar si conocían al padre Benedicto, al verme aparecer, desconfiaban de mi condición de militar, respondiéndome de esta manera: “Anda, vete de aquí, tu no conoces al padre Benedicto, ¿cómo vas a conocer a ese padre español? Todo lo que nos estás contando sobre él es

mentira”. Y en esta desconfianza tenía que abandonar la misión, negándome toda clase de respuestas y ayudas. Señor padre, los resultados negativos que recibía por su búsqueda me hacían entristecer enormemente, pero no conseguían desanimarme: mi deseo y convencimiento eran poder encontrarle.

»Fue en Luanda donde conseguimos la dirección de los misioneros espiritano en la calçada de San Antonio nº 14. Allí nos dirigimos para preguntar, y un padre muy amable nos dio su teléfono de Madrid.

Satisfecho y emocionado daba por concluido el apasionado relato sobre las muchas dificultades y luchas que hubo de soportar en su gran empeño por conocer mi paradero y que, en estos momentos, me lo contaba como una gran victoria que a él mismo se atribuía.

Después de escucharle y seguirle emocionado sus bravas correrías, su emocionante relato consiguió enmudecerme; por más que me esforzaba, no era capaz de encontrar palabras para expresarme ni para manifestarle mi agradable estado de ánimo. Lo que sí hice fue reaccionar y recapacitar sobre nuestra conversación a través del teléfono, apresurándome a decirle lo significativo que era esta llamada para mí.

—La alegría que siento en estos momentos después de escucharte, no sé si será comparable a la tuya, pienso que sí. Mira, Tony —le dije en un tono pausado—, estar hablando contigo es como si lo hiciera con toda la gente de Kwanza-Norte: con los cristianos de nuestras capillas, los niños de *Ana a Itungu*, nuestros enfermos, los refugiados que llegaban a los barrios de Lucala y de Ndalatando; incluso, con aquellos jóvenes militares que encontraba al cruzar los controles. ¿Estás comprendiendo, Tony? —le volví a repetir lo que esta llamada significaba para mí.

—Sí, padre Benedicto, le comprendo muy bien, y eso es lo que queremos, que no se olvide de nosotros.

Volviendo, una vez más, a tomar conciencia de que nuestra larga conversación no estaba transcurriendo en la misión, sino a través del teléfono, me apresuré directamente a pedirle su dirección de Luanda.

—Bueno, Tony, como no debemos seguir mucho más tiempo hablando, me gustaría que me dices tu dirección para poder escribirte y seguir contándote más cosas de mi vida aquí en España.

—Señor padre, estoy trabajando en el Ministerio de Defensa; puede escribirme aquí —me soltó de una manera normal y seguro de haberme dado una dirección donde podría enviarle mis cartas.

—¡No! Tony, tienes que darme una dirección detallada para que puedan llegar las cartas.

—Está bien, tal vez, puede enviarme las cartas al Departamento de Apoyo del Estado Mayor General —pensando que esta sería una dirección más completa.

—¡Esta tampoco sirve para enviarte las cartas! Tienes que enviarme un número de apartado de correos, es así como funcionan los correos en Luanda.

Al ver que por este medio no conseguiría enviarle ninguna carta, se me ocurrió otra solución.

—Está bien, Tony, será mejor que apuntes mi dirección para que me escribas y, con tranquilidad, busques otra donde yo pueda hacerlo también.

Y sin perder más tiempo, le pedí que tomara un bolígrafo y papel para apuntar mi dirección.

—Tony, ¿ya estás preparado para escribir? —le pregunté para asegurarme.

—Sí, señor padre, ya encontré un bolígrafo y un papel para anotar su dirección de Madrid.

—Muy bien, puedes empezar a escribir: Benedicto Sánchez Peña. Calle Geranios, nº 39. 28029 Madrid. (España).

Una vez acabada esta labor, que no resultó fácil, le repetí:

—Tony, ahora léeme lo que has escrito para ver si está bien.

Y así, una y otra vez, hasta constatar que la dirección había quedado bien escrita.

—Ya sabes, Tony, puedes escribirme contándome cosas de tu vida y de tu familia; yo cuando reciba tu dirección, haré lo mismo contigo.

—De acuerdo, señor padre. No se preocupe, de aquí en adelante va a recibir muchas noticias mías, puesto que tengo mucho que contarle.

—Lo mismo me sucede a mí —repuse—; después de siete años hemos vivido muchos acontecimientos. ¡Ah, se me olvidaba. Tony! En la primera carta me envías una fotografía tuya para ver cómo te encuentras físicamente después de tantos años.

—Está bien, pero la única foto que tengo de cuerpo entero estoy vestido de militar, ¿no le importa que le envíe ésta? —puntualizó, con el deseo de saber cuál era mi opinión a este respecto.

—No te preocupes —le respondí con firmeza—, envíamela para que pueda verte y, por ella, reproduciré algunas copias para enviártelas y se las puedas dar a tu familia.

Y con estas últimas recomendaciones, veíamos que nuestra interesante conversación telefónica llegaba al final.

—Bueno, Tony, vamos a cortar por hoy, ya seguiremos comunicándonos otro día.

—¿Cómo dice, señor padre?

A ninguno de los dos nos resultó nada fácil colgar el auricular; teníamos un gran deseo de seguir comunicándonos y compartiendo las vivencias de los últimos siete años.

Después de colgar el teléfono y de interiorizar nuestra conversación, sentía que una fuerte imagen quedaba fijada en mi interior: la imagen de Angola.

Señor Jesús, te presento nuestro diálogo, para que protejas a todos los jóvenes de Angola que, igual que Virgilio y Tony, se encuentran en el frente de combate defendiendo su vida. También te pido por mí, Señor, para que, desde la distancia, sepa estar unido a ellos y pueda acompañarles cada día, al menos, en el recuerdo y en la oración.

Señor, que mi plegaria, por tu intercesión, les ayude a superar los sufrimientos de cada día.

La segunda llamada del capitán Virgilio

Lunes, 14 de diciembre de 1998

Sobre las nueve de la noche, momentos antes de la cena, estando en la sala de televisión escuchando las Noticias, sonó el teléfono. Fui yo quien contestó, y una voz de mujer me dijo en portugués: *Boa noite, desde Luanda tens uma chamada.* (Buenas noches, desde Luanda tiene una llamada).

—Sí, dígame —respondí, intentando saber quién llamaba y por quien preguntaba.

—Por favor, pregunto por el padre Benedicto —especificó la persona que llamaba.

En ese momento reaccioné, no sé de qué manera, pero noté un cambio en mi actitud, como si un rayo invisible hubiese llenado de vida y dinamismo en todos los rincones de mi ser. Al oír que alguien me llamaba de Angola, fue como si me llenara de vida.

—Sí, soy yo el padre Benedicto —respondí con claridad, tratando de pronunciar lo mejor que pude el portugués.

—Señor padre, soy Virgilio; le llamo para preguntar por su salud.

Estas palabras me derribaron por completo. Ese interés, esa preocupación, ese enorme esfuerzo... de querer comunicarse conmigo para saber como me encontraba.

—Virgilio, ¿de dónde me llamas? —le pregunté todo contento.

—Me encuentro en Luanda. Le llamo para conversar un poco —su respuesta natural me dejó sin palabras—. Señor padre, la semana pasada le llamé, pero me dijeron que se encontraba fuera de Madrid.

—Sí, estuve en la casa que tenemos en Castrillo de la Vega, en la provincia de Burgos. Acostumbro a ir allí con cierta frecuencia.

Su llamada no era por ningún motivo urgente, ni siquiera para darme una noticia importante, simplemente quería comunicarse conmigo para saludarme, para charlar y, sobre todo, para que pudiera oír sus muchas preocupaciones ocasionadas por la guerra que estaban padeciendo; es decir, que supiera las dificultades de

su vida, como si yo fuese la única persona a quien podía confiar su lamentable tragedia.

Esta comunicación natural me hacía recordar la vida ordinaria en Ndalatando, cuando la misión se había convertido en un “santuario de peregrinación” a donde venían los militares a cualquier hora del día para desahogar sus preocupaciones y los peligros que estaban soportando en el frente de combate. Esta llamada también me hacía recordar aquel ir y venir de aldea en aldea, cruzando estrechos y largos caminos donde solíamos entablar nuestros profundos diálogos, los cuales les fortalecían de las penurias que estaban soportando. Su llamada telefónica me hizo recuperar el sabor africano de la convivencia y de la hospitalidad.

El tono pausado de su voz me desconectó del ritmo acelerado de Madrid, introduciéndome en el ambiente suave del espíritu africano que con tanto anhelo susurraba en mis adentros. El tono lento de su voz, pausado, despreocupado... me transmitía la calma africana inundando de paz todo mi ser.

A partir de este momento comprendí que sus llamadas telefónicas serían para él una oportunidad para seguir dialogando conmigo, tal como solíamos hacer en el tiempo pasado en los controles militares, andando por los caminos o sentados en el porche de la misión. Estas primeras llamadas telefónicas me hacían presagiar que era el comienzo de lo que se avecinaba de una manera natural, que no sería capaz de detener ni la distancia ni la guerra.

Los siete años que habían dedicado a buscarme de aquel modo incansable no habían sido en balde; ahora llegaba el tiempo del desquite. Al encontrar mi difícil paradero, cada llamada o cada carta que me enviaran, para ellos, era celebrar su triunfo y su conquista. De este modo lo expresó Tony en aquel grito victorioso que lanzó al oír por primera vez mi voz: “¡Por fin encontré al padre Benedicto!”. Ahora ya sabían dónde estaba y, a pesar de encontrarme muy lejos de Angola, al menos, podían seguir hablando conmigo aunque no nos viéramos. A continuación surgió el segundo pedido: Que yo les enviase una foto y ellos me mandarían las suyas para poder “vernos”. Estos serían los dos

logros para ellos: poder hablarnos por teléfono y ver nuestras fotografías.

¡Dios de la Misericordia! ¿Seré capaz de entender estas manifestaciones? ¡Oh, mi Dios y mi Señor! ¿Deseas algo de mí? De momento no consigo ver nada. ¡Cuánta paciencia tendrás que seguir ejerciendo a causa de mi pobre naturaleza! Gracias, muchas gracias, Señor; en este momento, lo único que puedo decirte es que muero de felicidad, a pesar de no llegar a comprender lo que intentas transmitirme con el envío de Virgilio y Tony de este modo tan inesperado. Señor, he de decirte que su “llegada” la estoy viviendo de una manera desconcertada, por lo novedoso del caso.

¡Oh, mi buen Dios! Cómo sabes hacerte presente en la sequedad de mi vida, después de haberme separado durante tanto tiempo de ti, causándome grades padecimientos por tu larga ausencia. Desde la primera hora de Laudes hasta Vísperas, las he vivido empeñado en querer encontrarte en la belleza espiritual de los escritos de San Juan de la Cruz, escudriñando sus poemas del Canto Espiritual, a lo largo de la jornada, con motivo de celebrar su memoria litúrgica en este 14 de diciembre:

“Pastores, los que fuerdes allá por las majadas al otero, si por ventura vierdes aquel que yo más quiero, decidle que adolezco, peno y muero”.

¡Oh, Señor! Mis largas penas y dolencias sobre la misión hoy quedan colmadas de felicidad al sentirte tan cerca y tan humano. Mi gran búsqueda por montes y riberas me ha conducido hasta la agradable pradera de Makela para reposar sobre su fresca hierba, la cual creció en torno a nuestro querido embondeiro.

Señor, yo, queriendo elevarme a lo alto para poder contemplar tu rostro, y Tú, empeñado en hacerme ver tu humildad; yo, buscando la forma de ser arrebatado por la mística de San Juan de la Cruz, y Tú, me envías a Tony y a Virgilio, desde la ensangrentada Angola para mostrarme tu inquietante Amor, tu gran Misericordia y tu doloroso rostro humano; es decir, yo queriendo divinizarte, y Tú, empeñado en humanizarte.

De esta manera, envuelto en este gozo espiritual, mantuve la conversación telefónica con mi amigo Virgilio, deseoso de saber

cosas de su vida, de su hija Susana, de su padre Avelino..., y como si de un familiar se tratase, empecé a hacerle toda clase de preguntas:

—Virgilio, ya me comentaste que tu madre había muerto, y tu padre, ¿dónde me dijiste que vivía?

—Mi padre vive en Ndalatando, en el barrio de Kamunday. ¿No recuerda su casa? El Señor padre ya estuvo allí algunas veces.

Muy emocionado empezó a describirme con detalles la vivienda de su padre Avelino y las veces que fuimos juntos. Según iba describiéndome el rústico barrio y las personas que allí vivían, sin grandes esfuerzos consiguió trasladarme hasta el barrio de Kamunday, no sólo con el pensamiento, también con el corazón. Logró infundirme vida en algo que ya había muerto hace mucho tiempo, y ahora, al revivirlo, quedaba admirado rebotando de felicidad.

—Sí, Virgilio, lo recuerdo muy bien —afirmé, según venía a mi memoria la lejana fisonomía de su padre y la casa donde iba a visitarle—; me parece que estoy allí jugando y cantando con aquel grupo de niños que acudían a nuestro encuentro cuando me veían aparecer en el barrio.

En esos momentos, Virgilio rompió a reír sin parar transmitiendo gozo y alegría, puesto que, por motivos de la guerra, aquellos días felices que él había vivido en su aldea cuando era niño, tampoco los volvió a disfrutar más. Aquel bonito recuerdo ya pertenecía a un pasado muy lejano que, como él me comentaba, ya no volvería a recuperar.

—Pues ya sabes, Virgilio, cuando vayas a Ndalatando a visitar a tu padre, dale recuerdos de mi parte y, sobre todo, que se cuide mucho, pues ya debe tener muchos años.

—Por supuesto, señor padre, ya le haré llegar su saludo; además, cuando se entere que he estado hablando con el padre Benedicto se va a poner muy contento.

Esta conversación nos resultaba tan agradable y familiar que comentamos los detalles más pequeños que íbamos recordando, disfrutando con ello a lo grande.

—Virgilio, ¿tienes mujer? —me atreví a preguntarle con cierta normalidad, como algo que me interesaba saber.

—Sí, vivimos juntos aquí en Luanda.

—Está bien. ¿Tienes algún hijo con ella? —le volví a preguntar.

—Sí, señor padre; tenemos una hija de 10 años —respondió muy satisfecho.

—¿Cómo se llama? —le seguí preguntando.

—Su nombre es Susana.

—Que nombre tan bonito; me gusta mucho el nombre de Susana.

En ese momento pude oír cómo se reía Virgilio en tono agradecido. Cambiando de tema, argumentó:

—Señor padre, Tony me comentó que usted había escrito un libro sobre mi vida en Lucala y en Ndalatando, ¿es cierto?

—Eso le dije, incluso le comenté que le enviaría un ejemplar cuando tuviese la oportunidad de hacerlo. El libro no es sobre tu vida; sino, que narro algunas vivencias con vosotros de aquel tiempo cuando estabais en los controles militares.

Sin apenas dejarme acabar de explicarle, exclamó:

—Señor padre, yo también quiero un libro para mí —con insistencia y muy interesado seguía pidiéndome aclaraciones—. ¿Es verdad que escribe sobre nosotros en el libro?

—Así es —repuse—. En la segunda parte del libro, narro cuando voy cruzando los controles militares, las conversaciones que tenía con vosotros en los caminos; cuando ibais a la misión a visitarme y cuando os encontraba en las aldeas armados, vigilando la zona... es en estas situaciones donde narro nuestros encuentros.

En ese momento, Virgilio parecía manifestar una cierta curiosidad y, sobre todo, el deseo de poder conseguir un libro.

—Señor padre —pronunció en un tono reflexivo—, tengo algunas páginas escritas sobre mi vida militar, cuando las pase a limpio se las voy a enviar para que las añada a su libro.

—¡Oh, Virgilio, qué alegría tan grande me das! Esta sí que es una gran noticia. Envíamelas cuando las tengas preparadas, estoy deseando poder leerlas —le manifesté mi interés por recibir las.

—Está bien, señor padre, cuando lo tenga preparado se lo enviaré a España en un sobre grande.

En esta variedad de noticias y de iniciativas fue transcurriendo nuestra conversación telefónica. Solamente, a la tercera vez de repetirlo: “Bueno, Virgilio, vamos a dejarlo por hoy”, fue así que conseguimos despedirnos. Percibía perfectamente que la actitud de Virgilio era de continuar hablando y escuchando, sin desear que llegara el momento final.

Una vez más, Señor Jesús, me invitabas a seguir caminando; el grato recuerdo de la misión era como una luz que infundía en mi interior el incesante deseo de seguir buscándote. La llamada de Virgilio, fue como un aviso por el cual quisieras decirme: Hasta que no descanses en Mí, no tendrás paz en tu vida.

¡Oh, Señor, todo esto evoca en mi interior el misterio de la misión!

Los siete hijos de Tony

15 de diciembre de 1998

Al día siguiente volvió a sonar el teléfono. Descolgado el auricular, oí una voz femenina que, muy delicadamente articuló en portugués: *Boa tarde, desde Angola tens uma chamada* (Buenas tardes, desde Angola tiene una llamada). Eran las 14.00 horas menos quince minutos.

—Sí, dígame, ¿con quién hablo? —quise saber quién estaba al otro lado del teléfono.

—¿Es el padre Benedicto? —preguntó.

—Sí, soy yo, dígame.

—Buenas tardes, señor padre, soy Virgilio.

—¡Qué alegría! ¿Virgilio, cómo te encuentras?

—Estoy bien, y el padre, ¿cómo ha pasado la noche?

Esta fue su segunda pregunta llena de interés y preocupación: saber cómo me encontraba de salud.

—Señor padre, como esta noche estuve de servicio en el cuartel, se me hizo muy larga, lo que ha motivado que, cuando

regresó Tony de la emisión de servicio que estaba realizando, decidiéramos llamarle.

Y como de costumbre, fue Virgilio quien inició la conversación, dado su condición de capitán. Tony hubo de esperar hasta que su oficial acabara de comunicarme y preguntarme cuanto deseaba saber. Esta vez me llamaban los dos, deseosos de saber cómo había pasado la noche.

—¡Que buena idea habéis tenido! —exclamé muy satisfecho—. ¿También está ahí Tony? ¡Qué gran alegría me das! —a través de aclamaciones le transmitía mi gran satisfacción.

Los dos amigos se pusieron de acuerdo para “venir” a preguntar por mi estado de salud. Sus palabras de atención fueron como si yo estuviese en Angola y querrían protegerme, dado el ambiente de amenazas que estaban viviendo en Angola a causa de la guerra.

Esta preocupación por saber cómo estaba mi salud, me recordaba mi primera época en Angola, donde cada día, los cristianos se acercaban a la misión para saber cómo había pasado la noche.

—Señor padre —quiso saber—, ¿ya envió alguna carta para nosotros?

—Sí, el día siete de diciembre envié una para Tony, por correos; fue el mismo día que recibí la suya. El día 16 sale una chica de Madrid para Luanda, con ella envió otra para los dos, a la dirección de la parroquia de Cristo Rey.

Intenté explicarle con todo detalle cómo había puesto en circulación las dos cartas para ellos por caminos diferentes.

—Está bien, señor padre —Virgilio, manifestó su agradecimiento—. Hemos ido a la parroquia de Cristo Rey a preguntar, y nos han dicho que aún no ha llegado ninguna correspondencia para nosotros.

—Es posible que tarde un par de días más; pero tranquilos, estoy seguro que llegarán.

—Señor padre, ¿dónde se aloja esa chica que vive en Luanda? Sería bueno saberlo para cuando vuelva a Madrid, se lleve nuestras cartas y fotografías —pronunció con insistencia.

—Eso va a ser un poco difícil, Virgilio, puesto que ella no vive en Luanda; su familia está en Lubango y es allí donde irá a pasar las vacaciones. De momento, lo mejor será que me enviéis las cartas por correos; como ya te he dicho, la carta que recibí de Tony solamente ha tardado nueve días en llegar.

Al ver que no nos poníamos de acuerdo, espontáneamente le pregunté:

—Oye, Virgilio, ¿no tienes alguna dirección donde se te pueda localizar en Luanda?

—Sí, tengo unos teléfonos, donde pueden encontrarme —respondió enérgicamente.

—¿De quiénes son? —le pregunté—. ¿Son de algún familiar?

—No, son del Estado Mayor, donde estoy funcionando.

—Está bien; dámelos, por si alguna persona conocida de Madrid viajase para Luanda, y por ese medio, puedo conectar contigo.

—Apunte, señor padre —pronunció con prontitud.

Acto seguido me dio los dos números de teléfono de la Secretaría de Destacamento de Apoyo del Estado Mayor y de la Casa de la Guardia del Estado Mayor General que es donde estaba trabajando. Hecho esto, me hizo la siguiente aclaración:

—Padre Benedicto, me puede localizar en estos teléfonos sin ningún problema. Cuando me llame tiene que preguntar por el capitán Superdicy, nombre con el que me conocen en la vida militar; por Virgilio, aquí nadie me conoce.

—Es decir, que tienes dos nombres: Virgilio, nombre familiar; y Superdicy, el de tropa, ¿es así?

—Así es, señor padre. Casi todos los militares funcionamos con dos nombres —afirmó.

—Entonces, Virgilio, ahora eres un señor capitán; has ascendido mucho de categoría, lo que me alegra; recibe mis felicitaciones —con estas palabras le manifestaba mi alegría por su graduación militar.

—Muchas gracias, señor padre —respondió agradecido—. Mi graduación es de capitán, de no haber sido por los enfrentamientos militares, podría tener un cargo superior. Los conflictos de la

guerra han impedido mi ascenso militar —concluyó en un tono de lamentación.

—No debes preocuparte demasiado por esos asuntos, lo más importante es que estés bien de salud; sabes muy bien que podría haber sido peor en los combates en los que tuviste que participar; gracias a Dios saliste con vida y, ahora, puedes disfrutar de tu familia, de manera especial de tu hija Susana.

Mi deseo era animarle y hacerle ver todas las cosas buenas que tenía en estos momentos y, por otra parte, reconocer los peligros que había conseguido vencer cuando estaba luchando en los municipios.

—Es cierto, señor padre. Pienso mucho en los compañeros que murieron en el frente de combate en las provincias de Kwito-Bié, Moxico, Lunda-Norte... por eso, ahora lo que más me importa es vivir con mi familia —acto seguido me recordó—. Le digo que estoy pasando a limpio lo que tengo escrito sobre mi vida como militar. Cuando lo tenga bien ordenado se lo enviaré para que lo añada en su libro —una vez más manifestó el interés que tenía en que “metiera en mi libro” la vivencia de su vida pasada en las trincheras.

El gran deseo que tenía por enviarme sus escritos me llevaba a entender que esa parte de su trágica vida de sufrimientos y luchas, donde tuvo que liberar terribles combates de vida a muerte, la quisiera perpetuar en el recuerdo. Después de pasar un largo rato charlando, haciéndonos toda clase de preguntas, cuando parecía haber quedado satisfecho de saber todo lo que deseaba, dio la vez a su amigo Tony, quien esperaba impacientemente su turno.

—Ahora se va a poner Tony al teléfono, él se encuentra junto a mí, y está deseando de saludarle. Hasta otro día, padre Benedicto.

—Adiós, Virgilio, que todo vaya bien.

Con esta lentitud, se despedía, a la vez que pasaba el teléfono a su amigo Tony. La buena amistad que llegué a mantener con Tony en aquellos caminos y controles que separaban las misiones de Ndalatando y Lucala, nos fue uniendo de una manera espontánea. Humanamente difícil de entender puesto que nuestros pensamientos y proyectos eran muy diferentes ya que eran un

tanto contrarios; por otra parte, le conocí en uno de los controles militares más exigentes, donde controlaban una de las entradas y salidas de la villa de Lucala. Concretamente fue en este control donde tuve que defender a algunos jóvenes que viajaban en mi coche, para que los militares, no se les llevaran por la fuerza a la vida militar y, concretamente, Tony era el que vigilaba este control. Pero Dios que todo lo puede se valió de las una y mil situaciones para conducirnos a interesarnos el uno por el otro.

Es verdad, la amistad con Tony, como la de tantos otros jóvenes militares, se forjó entre el sufrimiento y la violencia. Aquella aplastante intriga que se creaba a vuelta de los controles militares, causada por la violencia de la guerra, de no haber sido por la misteriosa mediación de Dios, no sé dónde podría haber desembocado.

Haciendo memoria de estos últimos siete años para atrás, me esfuerzo por recordar algunos de los encuentros y diálogos que mantuve con Tony; en los primeros, tuve que soportar humillaciones e impotencia delante de su autoridad militar. Reconozco que fue muy significativo; sobre todo, porque conseguimos mudar su despiadado comportamientos con las personas que cruzaban por “su control”, como acostumbraba a decir a toda la gente para imponer su autoridad por las armas: “En este control mando yo y mis soldados”. En aquel lento proceso de acercamiento que tuvimos de una manera recíproca, nos condujo a la noble amistad que actualmente subsiste; por supuesto, el temerario Tony, se había transformado en una persona sociable y muy respetuosa por los ciudadanos. Después de la incesante búsqueda que mantuvo durante siete años, llego a comprender que mi amistad caló profundamente en su vida, ya que no cesó de buscarme hasta encontrar mi paradero.

Con todo esto quiero decir que, cada vez que le escuchaba a través del teléfono, comprendía mejor su aprecio y el interés que manifestaba de querer hablar conmigo. El primer día que conectamos me lo manifestó con estas palabras: “Hablar con el padre Benedicto, es muy importante para mí”.

Por toda esta historia del pasado, cuando dialogábamos, rápidamente solíamos conectar con las vivencias de Kwanza-Norte,

incluso, deseábamos comentarlas como un bien para nuestras vidas. En este clima de amistad iniciamos nuestra conversación por teléfono:

—¡Tony, buenas tardes! ¿Cómo fue el trabajo que fuiste a realizar fuera de Luanda? ¿Cuántos días pasaste en el municipio? ¿Tuvisteis algún problema? ... —le lancé un sinfín de preguntas, sabiendo que la situación de guerra seguía amenazando en todo el país.

—En la misión que realizamos durante una semana, gracias a Dios, no tuvimos grandes problemas —fue su respuesta—. Y el señor padre, ¿cómo se encuentra? ¿Tiene buena salud? Y su familia, ¿cómo está?

Esta fue siempre su preocupación, allá en la misión y, que a juzgar por sus expresiones, seguía con la misma preocupación: saber si mi salud era buena.

—En primer lugar, Tony, quiero decirte que ya recibí la carta que me enviaste con las tres fotografías; una grande, donde estás de militar, y dos pequeñas, tipo carnet. Por cierto, me extrañó ver que solamente tardó nueve días en llegar a Madrid, desde que la pusiste en la oficina de correos en Luanda.

—¿Es cierto lo que acaba de decirme, señor padre? Me parece imposible que haya llegado con tanta rapidez, tanto que tuve serias sospechas y desconfiaba de que llegara. Mucho recé a Dios —seguía explicando; en sus palabras se le notaba un suspiro de alivio.

—Ya puedes estar tranquilo, Tony, además, la foto dónde estás vestido de militar la he reproducido en un tamaño mayor, y la he puesto un cuadro plateado que he comprado para enviártela para que la pongas en tu casa colgada de la pared o encima de un mueble, para que la vean tus hijos, los cuales, se sentirán orgullosos de su padre. Tony, no sé cómo llegará a tus manos; te la enviaré en la primera oportunidad que se me presente —le describía estos pequeños detalles, sabiendo que eran de máxima importancia para él.

—Señor padre, entonces, ¿cuántas cartas me ha escrito? —impacientemente, deseaba saber qué “cosas” le había enviado.

—Mira, Tony, ya se lo he dicho a Virgilio y te lo vuelvo a repetir, para que estéis atentos: El mismo día que recibí tu carta, te envié una por los correos, a la parroquia de Cristo Rey. En ella van unas fotografías en blanco y negro de cuando estabas destacado en el control de Lucala, que pueden recordarte aquellos tiempos en el municipio donde tuvimos buenos momentos y otros, como sabes muy bien, de mucho sufrimiento. También van otras fotos de España, de mi comunidad de misioneros, y otras de mi familia para que les conozcas.

»Ayer por la tarde —le seguía indicando—, entregué otra carta a una chica de Angola que está estudiando en Madrid, y el día dieciséis sale para Luanda; su nombre es Magdalena. El sobre va a tu nombre, pero dentro mando una carta para entregar a Virgilio; en ella os envió un pequeño recuerdo, se trata de dos llaveros de los niños de *Ana a Itungu* para que pongáis vuestras llaves.

»Magdalena —le expliqué—, me ha dicho que llevará la carta a la Procuraduría de los espiritanos, que está en la calçada de Santo Antonio número catorce; esta calle está por la Ciudad Alta de Luanda. De ahí, la llevarán a la parroquia de Cristo Rey; vosotros veréis si os queréis acercar a la casa de los espiritanos para recogerla allí.

—Sí, sí, señor padre —respondió sin titubeos—, esta misma tarde nos acercaremos a la comunidad de los padres espiritanos para dejar nuestros nombres y, cuando llegue Magdalena a Luanda, iremos a recoger la carta. Señor padre, ¿qué día llega a Luanda? —preguntó con sumo interés.

—Bueno, sé que el día dieciséis de diciembre sale de Madrid para Lisboa, pero no sé si se quedará algún día en Portugal; calcula que por lo menos hasta el día dieciocho no llegará a Luanda —le puntalicé lo mejor que pude para que pudiese hacer sus cálculos.

Aquella tremenda impotencia que sentíamos por la distancia que nos separaba, lo recompensábamos con las pequeñas conquistas que íbamos adquiriendo a través de nuestra correspondencia. Fue una lucha titánica contra el potente muro que nos había mantenido en completa incomunicación, por eso, repito, haber conseguido este contacto directo con Virgilio y con

Tony, era una ventana abierta por donde me llegaba la presencia de las misiones de Lucala y de Ndalatando.

—Tony, ¿cómo está tu vida? ¿Cómo van tus trabajos? —me interesaba saber cómo iba enfocando la vida en su condición de militar.

—¡Ay, señor padre! Mucho tengo que lamentar; ya me libré dos veces de la muerte. En estos dos años hemos sufrido terribles ataques por tener que ir a defender algunas poblaciones de las amenazas del enemigo, que está siempre atacando las aldeas. Varios municipios de Kwanza-Norte sufrieron fuertes agresiones, donde mantuvimos intensos combates; incluso, tuvimos que ir a defender la provincia de Malanje.

»Pude escapar de aquel infierno con la ayuda de Dios —seguía relatándome—, pero vi algunos compañeros caer muertos en las trincheras bajo aquella lluvia de balas y estruendo de los morteros que no creí que pudiese salir de allí con vida para poder contarlo. En el brazo izquierdo recibí una descarga de metralla que lo dejó completamente abrasado; al ver salir tanta sangre, pensé que se quedaría inutilizado, pero poco a poco se fue recuperando.

»¡Oh, señor padre —con tristes lamentos seguía contándome lo mal que lo había pasado—; fue por la gracia de Dios que conseguí escapar de aquel sufrimiento bajo los cañonazos que se lanzaban. Es un verdadero milagro que siga vivo. Cuando me encontraba bajo aquellos terribles combates, pensaba mucho en dos cosas: la fotografía de San Antonio que guardaba en mi cartera y el rosario que colgaba en mi pecho.

»Padre Benedicto — muy emocionado, continuaba narrándome la vivencia que tuvo en el frente de combate—, el rosario que me ofreció en el control de la misión de Lucala en el año de 1987, siempre me acompañó en mi petate. ¿No se acuerda, señor padre, de aquella mañana que pasó por el control cuando nos conocimos y, al despedirse de nosotros, nos dejó de recuerdo un rosario para rezar y unas fotografías de santos. Yo recibí la de San Antonio, por mi nombre; otros recibieron la de San Mateo, San Francisco, San José, La Virgen María, del Corazón de Jesús, San Miguel...

—Sí, recuerdo muy bien aquel día cuando me mandasteis parar en el control para hacerme toda clase de preguntas en aquel tono desconfiado y de malas maneras que, después de aguantar vuestros malos modales, acabó en un amistoso diálogo.

Al recordarle aquellas primeras peripecias, empezó a reírse de aquel lejano pasado que, ahora venía en nuestro recuerdo con una cierta nostalgia. Sin hacerse esperar, Tony, continuó su emocionante relato:

—Lo del rosario, no se lo dije a mis compañeros, pero cada vez que tenía que marchar en expedición militar, antes de subir al camión, me colgaba el rosario en mi cuello y, ya fuese andando por los caminos, en los rastreos o agazapado en las trincheras, le mantenía pegado en mi pecho, invocando a la Virgen María que me sacara de aquellos peligros para volver junto a mis hijos.

»Señor padre —articuló, bajando el tono de voz—, después de pasar el peligro y puesto a salvo, pensaba para mí: “Me he salvado con la ayuda de Dios, por la intervención de la Virgen María y porque el padre Benedicto estuvo rezando por mí.

Según iba narrándome sus muchas penalidades, notaba que la fuerza de su voz iba bajando de tono. De esta manera sencilla e espontánea, Tony me narraba todo el sufrimiento que tuvo que soportar para poder sobrevivir y sacar adelante a su querida familia. Lo que más admiraba de Tony es, que ni la brutalidad de la guerra, consiguió que su pensamiento se apartara de la presencia de Dios. Como él muy bien me decía: “Cuando me encontraba agazapado en aquellas infernales trincheras, muerto de miedo, soportando los foganazos de morteros, mi único pensamiento estaba en Dios”.

¡Oh, Señor mío, padre de los abandonados! ¿Cómo acoger esta dolorosa súplica? El relato de Tony vino hasta mí como un grito espantoso, provocado por los diabólicos ataques de una guerra sin fin. ¿Cómo han venido a perturbarme los lamentos de Tony en este “Tiempo de Adviento”? Yo, que esperaba la venida del Señor con alegres villancicos y succulentos dulces, al escuchar la lamentable situación de Tony han provocado en mi interior una indigestión navideña.